

La trompeta de mi vecino

Nailuj

LA TROMPETA DE MI VECINO



Capítulo 1

He comprado un piso en un edificio donde no sé nada de los vecinos, a mucha gente por no decir a la mayoría le sucede esto.

Tras varias semanas viviendo en mi nuevo hogar descubro que tengo un vecino músico y que por circunstancias de la vida a veces practica en casa. El chico muy amable y educado, cosa que puedo asegurar por las pocas veces que nos hemos cruzado en el ascensor, resulta que da clases particulares a iniciados en el mundo de la música. Él es un chico joven, rondará la treintena como yo, muy mono y muy tímido. Apenas cruzamos dos palabras en nuestros breves encuentros.

La cuestión ya no es él, sino yo, ya que odio su trompeta. Odio la maldita trompeta que suena desde su casa cuando da alguna clase a alguien. Es insoportable. Parece que yo sea el único vecino al que le molesta tal sonido. Cabe decir que las clases, las pocas veces que las da en su piso, lo hace en horas donde se cura intentando molestar lo menos posible. Tal vez en ese período de tiempo en que transcurre la clase, a esa hora concreta del día, solo estoy yo en el edificio, bueno yo, el alumno y el trompetista oficial, motivo por el cual es normal que solamente me moleste a mi.

Un día cansado de la serenata de la clase, como voy corto de paciencia, cuando oigo cerrarse la puerta delatando la finalización de la clase y la partida del alumno, decido aventurarme e ir hasta su piso y llamar a la puerta para decirle todo lo que me viene en mente en ese momento. Hastiado, cansado y con una jaqueca tremenda, en ese momento palabras bonitas no pueden salir de mi boca.

Cuando llego a la puerta de su piso, una planta por debajo del mío, toco escuetamente con tres golpes de nudillo. Estoy tan sumamente cabreado que ni paro a pensar que hay un botón junto a la puerta que funciona como timbre y que también se usa para advertir que uno tiene visita.

La puerta se abre y aparece Alberto, dato que conozco porque he buscado su nombre en los buzones para saberlo. Alberto me mira simple. Lleva el pelo revuelto, una camiseta de manga corta, unos rockys, unas gafas de pasta y barba de tres días. ¡Joder, que no lleva gallumbos!. Mi mirada nada discreta, se queda paralizada mirando los minúsculos pantalones que lleva y todo lo que cuelga dentro. Alberto carraspea un poco, y subo la vista muriéndome de vergüenza para mirarlo de nuevo a la cara. Por un momento no recuerdo el motivo por el que he ido hasta su piso. El tío, que por la sonrisa seductora que esboza, tiene aires de saberse cautivador, me invita a que pase, girándose y entrando de nuevo en el piso dejándome en la puerta. Con mi cara de tonto me doy cuenta de que me he quedado solo, con un invitación para entrar y sin haber dicho

todavía ni un simple 'hola'. ¿Estoy seguro de que yo estaba cabreado? Ahora mismo estoy descolocado.

Entro en el piso, cierro la puerta y me encuentro directamente en el salón, no hay pasillo. Todos los apartamentos son iguales en el edificio. Pequeños y prácticos inmuebles diáfanos sin pasillo, rodeados de puertas que comunican con el baño y los dormitorios.

Alberto se ha sentado en el sofá que hay en el centro del salón, que a su vez sirve para separar la cocina de la sala de estar. Con unos golpes en el sofá me indica que me siente. Tímidamente obedezco como un perro pequeño e indefenso. - Hola Raúl, me dice. Respondo con un escueto 'hola' apenas audible. No sé por qué pero estoy muy nervioso. Alberto, ese maldito trompetista, me pone nervioso cosa que antes no sucedía, pero ahora lo veo diferente, no parece tan tímido, en su habitat es una persona completamente diferente. No puedo articular palabra ni movimiento, y por la forma en que me mira juro que disfruta con ello. - Bueno, ¿Cuéntame a qué has venido?. Empiezo a pensar que no sé si ha sido buena idea venir a su piso a explicarle lo molesto que puede ser el sonido de su música a veces. Suspiro profundamente como si fuera a hacer la confesión más íntima de mi vida y suelto sin más - Odio tu trompeta. Su cara muestra asombro, como si no esperara que aquella frase sea el motivo de mi visita, pero sabe cómo contraatacar. - ¿Quieres que te la enseñe?. Si yo ya estoy escueto de palabras y mi nerviosismo va en aumento, con esa pregunta me ha dejado k.o. Cierro los ojos, inspiro profundo, yergo la espalda como ritual para concentrarme y poder decirle todo lo que tengo guardado dentro de mí, y cuando abro los ojos veo que su rostro está frente al mío, y en el mismo momento sus labios empiezan a besarme. Me siento desarmado. Mi cuerpo no reacciona, mi mente se pregunta qué está sucediendo, pero a su vez mi corazón me dice que me deje hacer. Una batalla entre cielo y tierra que solo puede tener un ganador. Tras unos segundos en los que Alberto no para de acariciarme los labios con los suyos y los muerde suave y lentamente, el ganador de la batalla hace acto de presencia y mis brazos rodean su cuello para apretar su cabeza hacia la mía y así con mi lengua poder llegar a lo más profundo de su garganta. Al final me dejo hacer.

Segundos después Alberto me ha desnudado por completo. Yo hago lo mismo con él. Le quito la camiseta para admirar un torso duro y cincelado con un poco de vello oscuro que lo hace aún más atractivo. Le arranco los minúsculos pantalones sin poder evitar romperlos al intentar sacarlos por sus piernas. Sus gafas vuelan al rincón más alejado del salón.

Dos cuerpos desnudos y ardientes deseosos de sexo. Alberto encima y yo debajo. Nos comemos a besos, nos mordemos los cuellos. Mi lengua recorre todo trozo de piel que alcanza. Su olor es adictivo, no quiero dejar de respirarlo. Poco a poco consigo intercambiar posiciones y me coloco encima. Me siento encima de él a horcajadas y con los labios más suaves

empiezo a recorrer un circuito que empieza detrás del lóbulo de su oreja, con destino el norte de su cuerpo. Tras cruzar la zona del cuello y haberlo mordido irremediablemente, llego a su torso. Le acaricio el pezón derecho con los labios, con la lengua. Doy pequeños mordisquitos con los dientes, y hago lo propio con el izquierdo. Alberto arquea la cabeza hacia atrás y jadea de placer. Mi cuerpo cada vez arde más, y el suyo arde con el mío. Nos queremos fundir en un solo ser. Sigo mi camino y llego al abdomen, pero en ese parador puedo estar poco tiempo porque sobre mi pecho se aplasta su duro pene que reclamaba la llegada de mi boca. Bajo directamente con ansias, lo rodeo con la mano y me lo meto en la boca. Empiezo a chupar, succionar, acariciar con la mano izquierda sus testículos. Alberto cada vez jadea más de placer, me pide que no pare. Continuo jugando con su glande entre mis labios un buen rato. A los dos nos cuesta respirar por la mezcla de ansia y placer. Se levanta de sorpresa, me coge en volandas y me coloca a cuatro patas sobre el sofá. Cuando quiero reaccionar Alberto está lamiendo mi ano, despacio, dándome el mayor de los placeres. Lo hace durante un buen rato, rodeando con su lengua la circunferencia de mi músculo, mientras masajea mi pene con la otra mano. Poco a poco mientras sigue masturbándome, introduce un dedo de la mano derecha dentro. Grito y gimo por un placer inesperado. Bombea lentamente mi pene con la otra mano. Unos segundos después y con la zona más dilatada, introduce un segundo dedo. Pienso que voy a reventar de placer, no quiero que eso se acabe nunca. Jadeo a la misma velocidad a la que él introduce y extrae sus dedos, cada vez más rápido y cada vez más fuerte. Hay una pausa, en la que aprovecho para apoyar la cabeza en el sofá e intentar rebajar mis pulsaciones. La pausa es breve. Estoy a cuatro patas sobre el sofá de mi vecino el músico, en un piso de un desconocido, el cual mete su polla en mi culo. Esta vez grito de dolor, pero es un dolor intenso que me gusta. Una vez dentro y bien lubricada, cabe decir que no sé de dónde ha sacado en ese momento el condón y el lubricante, empieza a mover sus caderas hacia delante y hacia atrás suavemente. El dolor sigue ahí, va remitiendo, me gusta, no quiero que pare. - Fóllame más fuerte, le pido. Sus caderas bailan más fuerte contra mis muslos, cada vez más hondo, más profundo. El ruido que hacen nuestras carnes cuando chocan se entremezclan entre los gemidos de los dos. Sin parar hace que yerga la espalda para poder morderme el cuello sin parar de follarme. Estiro mis brazos hacia atrás para poder coger su cabeza con ambas manos y no dejar que se escape. Sus labios rozan mi oreja y escucho como me dice - ¿Te gusta mi trompeta?. Sin poder evitarlo esbozo una sonrisa. Me rodea el torso con sus brazos y bombea como si quisiera reventarme. Yo me dejo hacer. Un momento después los jadeos vienen en aumento por parte de los dos y al mismo tiempo estallamos en un sin fin de sentidos y emociones respirando con dificultad, él dentro de mi y yo sobre su sofá. Quietos y sudorosos, los dos en la misma posición no nos soltamos. Quiero seguir teniéndolo cerca, quiero seguir oliéndolo. De nuevo acerca sus labios a mi oreja y me susurra - Cuando quieras te doy otra clase con la trompeta. No puedo evitar reirme esta vez, porque sé que esas clases las voy a

empezar a dar más a menudo.

Ya no estoy enfadado, ya no me duele la cabeza.